

PORVENIR

PORVENIR

P. A. GARCÍA

Copyright © 2013 P. A. García

Todos los derechos reservados.

ISBN: 149217940X

ISBN-13: 978-1492179405

Diseño de cubierta: P. A. García

Ilustración de cubierta: K1819502 Fotosearch Publitek Inc.

PRÓLOGO

*“La Tierra es la cuna de la Humanidad,
pero no podemos vivir para siempre en una cuna”*

Konstantin Tsiolkovsky

El casco de la *Porvenir* se vislumbraba a través de una reluciente bruma color esmeralda: su propia aurora boreal. Su luz desafiaba la negrura del espacio del sistema estelar de Procyon. La estrella anfitriona de esa región de la galaxia era un infierno de hidrógeno y helio blanco amarillento con el doble de diámetro que el Sol, y siete veces más brillante; su inseparable compañera, por contra, había evolucionado hasta convertirse en una débil enana blanca de alrededor de un tercio de la masa solar, y mucho más fría.

Las dos estrellas se orbitaban mutuamente a once años luz del Sistema Solar, una distancia que en términos astronómicos equivalía poco más que a llamar al timbre del vecino estelar del séptimo. Aún así, el haber llegado hasta allí suponía el mayor hito en la historia de la exploración espacial humana: la tripulación de la *Porvenir* era la primera en adentrarse en el sistema planetario de una estrella diferente al Sol.

La razón que había llevado a la *Porvenir* tan lejos de casa era una cacería. La estrella doble de Procyon gobernaba el

conjunto planetario más rico descubierto hasta la fecha en las inmediaciones del Sistema Solar. Los telescopios de la Tierra habían encontrado en él un acervo de al menos diez planetas, además de numerosas lunas —otros mundos en potencia—, y los instrumentos habían confirmado que dos de los planetas eran rocosos y muy probablemente se desplazaban dentro de la zona habitable circumestelar. En definitiva, los datos brindaban poderosas razones para abrazar la idea de que ambas superficies planetarias estarían cubiertas por océanos de agua líquida. De ser así, sería la primera vez que un mundo lo suficientemente similar a la Tierra como para albergar vida era localizado.

Y ese era el cometido de la cacería emprendida por la *Porvenir*: encontrar nuevos *puntos azules*.

UN POCO DE HIELO

“Huir al sitio equivocado es seguir estando preso”

Benjamín Prado

Jack Raven se encontraba en las entrañas de la nave. Sostenía una linterna con la que iluminaba el cuadro de datos que Germain Brown, a su lado, estudiaba con atención. Brown, el ingeniero de la *Porvenir*, revisaba los indicadores de los recolectores de hidrógeno. El número 5 sólo funcionaba al sesenta por ciento de su capacidad, ralentizando así la propulsión iónica de la nave. No se trataba de un problema grave, pero el hidrógeno era indispensable tanto como combustible como para la elaboración de agua, por lo que era preferible no desperdiciar ni un solo átomo.

La voz de Lubos Uldin les llegó a través de los altavoces del sistema de audio:

—Atención a todos, habla el comandante. Reunión en diez minutos.

Al oír la transmisión Raven ahogó un bostezo y puso cara de fastidio.

—Ya está el pesado de Uldin con otra de sus reuniones —dijo—. Espero que esta vez se trate de algo importante.

Brown dejó escapar un gruñido, y luego farfulló:

—Lo que sea con tal de salir de esta maldita mazmorra. Cuando diseñé la *Porvenir* dejé bien claro que la iluminación debía ser igual en toda la nave.

—Ya sabes cómo se las gastan —convino Raven—: aprovechan la más mínima oportunidad para recortar gastos... Además, ¿cuándo se ha visto una sala de máquinas alumbrada como un hospital? ¿Dónde se escondería entonces un monstruo alienígena si nos invadiera?

—Sí, claro... —asintió Brown con desgana—. De todas formas, no parece que haya daños en el blindaje de la draga. Lancemos un *drone* de depuración del filtro y reiniciemos los electroimanes. Esperemos que con eso se solucione; si no, habrá que pensar en dar otro paseo por el exterior.

—Estupendo... ¿A quién le tocó la última vez? —preguntó suspicazmente Raven.

—A mí —se apresuró a contestar Brown—; como la anterior y la precedente a ésa...

Raven dejó escapar una sonrisa burlona mientras el ingeniero, con resignación, introducía en el tablero informático las instrucciones del *drone*.

En el iluminado corredor principal de la nave Raven y Brown se encontraron con el geólogo Pietrek Lev acompañado de Paul Relow. Lev tenía aspecto de no haber dormido en días, y Relow lo observaba con preocupación mal disimulada; no en vano, de él dependía la salud de los miembros de la tripulación: Relow era el médico de a bordo.

A modo de saludo Lev hizo un minúsculo movimiento

de cabeza, al que el piloto y el ingeniero respondieron con idéntica frialdad. El doctor Relow, en cambio, les brindó una entusiasta bienvenida, y después dijo:

—¿Alguna idea sobre el motivo de la reunión? Me pregunto si ésta será la buena.

—Nunca pierdes la esperanza, ¿eh, Relow? —replicó Raven.

—Jamás —afirmó el médico, rotundo—. Y ¿sabes por qué?

—Soy todo oídos —dijo Raven.

—Porque sólo la esperanza es más fuerte que el tiempo —explicó Relow, a la par que gesticulaba ostensiblemente con las manos—. La esperanza se alimenta del propio tiempo, doblegándolo, hasta que termina absorbiendo todo su poder. Por eso es lo más valioso que tenemos.

Raven y Brown intercambiaron miradas y asintieron divertidos.

—Hay que ver cómo te gusta dar discursos, Relow —se burló Raven sin malicia.

La conversación se prolongó hasta que llegaron al final del corredor. Allí, ante la compuerta de la sala de reuniones, y a punto de presionar el interruptor que la abría, se encontraba ya Aldair Jenkins, experto en biología y agricultura hidropónica. Su uniforme presentaba numerosas manchas de barro. Al verlas, Brown no pudo sofocar el siguiente comentario:

—¿Qué te ha pasado, Jenkins? Estás hecho unos zorros. Estuviste revolcándote por el invernadero, ¿o qué?

Al oír las voces de sus compañeros a su espalda Jenkins volvió la cabeza.

—Nada, nada, una caída tonta... —se apresuró a responder el biólogo.

Raven, al que tampoco le había pasado desapercibido el aspecto de Jenkins, advirtió con tono burlón:

—Espero que no te hayas caído sobre la cena.

Jenkins no dio más explicaciones, simplemente negó con la cabeza mientras evitaba la mirada escrutadora del piloto; sus mejillas se ruborizaron.

A continuación pulsó el interruptor, la compuerta se abrió y los cinco astronautas entraron finalmente en la sala.

El comandante Lubos Uldin estaba de pie ante la gran mesa que presidía la sala de reuniones. Tenía las manos cruzadas a su espalda y el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante. A su lado, sentada en una de las sillas, la doctora Janis Wolfe le señalaba algo en la pantalla de un ordenador.

—¿Habéis hecho café? —preguntó Raven al irrumpir en la sala. Sin esperar respuesta se dirigió hacia una pequeña mesa de servicio, situada en el extremo de la sala opuesto a la compuerta. Sobre la mesa supletoria había una cafetera, un dispensador de agua, cubiertos y una bandeja con aperitivos, en su mayoría galletas y chocolatinas deshidratadas.

Uldin susurró algo a Janis, se enderezó, e ignorando a Raven, dijo:

—Bien, ahora que estamos todos por fin podemos comenzar. Tomen asiento, por favor.

Raven, tras descubrir la jarra de la cafetera vacía, insistió:

—Antes necesito un café.

—Que sean dos —dijo Brown, que lo había seguido hasta la mesa de servicio y se servía un puñado de

chocolatinas. Tenía que alimentarse casi a todas horas para mantener sus casi dos metros de altura. Era de lejos el más corpulento del grupo.

—Otro para mí —se apuntó Relow.

—¿Alguien más?

Janis Wolfe alzó la mano. Finalmente Uldin se dio por vencido.

—Está bien, café para todos —concedió—. Doctor Relow, si es tan amable... Nadie hace el café como usted.

—Será un placer —se ofreció amablemente el médico.

—Gracias, doctor. Mientras se hace el café, ¿podemos comenzar, por favor? —insistió Uldin.

Los asistentes a la reunión fueron tomando asiento alrededor de la mesa, y, tras poner en marcha la cafetera, Relow se unió a ellos.

—Bien, ya sé que todos estabais ocupados en cosas importantes... —comenzó a decir Uldin con cierto tono de solemnidad.

Mientras el comandante hablaba Jenkins susurró a Brown al oído:

—Tu planta se salvará.

—¿En serio? —en el rostro de Brown se dibujó una sonrisa. Raven, que había escuchado la conversación, murmuró:

—Nunca había conocido a nadie tan preocupado por una planta. No entiendo cómo es que los psicólogos te han dejado venir con nosotros en lugar de encerrarte en un manicomio...

Uldin les lanzó una mirada de reproche y reanudó su discurso, diciendo:

—Como explicaba, no os habría hecho venir si no se tratara de algo importante, por lo que os ruego que prestéis atención. La doctora Wolfe tiene algo que decirnos, algo que afecta significativamente al estado de la misión. Adelante, doctora.

Janis Wolfe retiró los mechones rubios que caían sobre su frente. Su parecido con Grace Kelly, la actriz del siglo XX, era portentoso: el sutil contorno de las mandíbulas, la sensual curvatura de los labios, los ojos almendrados de un azul casi transparente... Todo en ella irradiaba una elegante belleza.

—Gracias, comandante. Lo que tengo que decirnos —expuso Janis, directa al grano— es que ya hemos analizado todos los datos del reconocimiento del sistema Procyon. Lamentablemente, os comunico que se confirma lo que sospechábamos: ningún planeta es apto para la vida.

La decepción se propagó por la mesa como una supernova. Era la confirmación de que la exploración de Procyon no había aportado los hallazgos esperados, lo que no les dejaba otra alternativa que dar por fracasada la misión y regresar de vacío a la Tierra.

Aldair Jenkins abrió la boca con incredulidad, como para decir algo, pero con un gesto que todos vieron, el comandante Uldin lo instó a dejar las preguntas para más tarde.

Janis Wolfe, tras una ligera pausa para tomar aliento, continuó con la exposición de los hechos, consciente del interés suscitado en sus compañeros:

—En resumen: como ya sabíamos, los cinco planetas exteriores son demasiado grandes, monumentales bolas de gas frío similares a Neptuno. Su composición en nada es similar a lo que buscamos. Evidentemente, es imposible posar un pie en ellos.

»Con respecto a los tres planetas más interiores, dos de

PORVENIR

ellos, aunque rocosos, son demasiado pequeños como para retener atmósfera y, además, están excesivamente cerca de los soles, más incluso que la distancia Mercurio-Sol. Por tanto el calor en sus superficies es tan terriblemente abrasador que nos freiría en cuestión de segundos.

»El tercero, el mayor de todos, es una especie de Júpiter caliente tres veces más grande que el promedio, con lo que creo que sobran las explicaciones. Baste decir que su núcleo tiene más de estrella que de planeta. La radiación que emite haría estallar nuestros medidores.

»Finalmente, nuestra gran esperanza, las dos potenciales *supertierras* del sistema, como dije anteriormente, tampoco son válidas. Una es demasiado grande, diez veces mayor que nuestro planeta. Su gravedad nos convertiría en mantequilla. Aunque, de todas formas, al igual que los planetas exteriores, tampoco recibe el suficiente calor lumínico.

»Y la otra, pese a que sí tiene un tamaño dentro del rango adecuado —únicamente 1.1 veces más pesado que la Tierra—, no obstante presenta una órbita demasiado excéntrica. Los períodos en que transita a una distancia de habitabilidad óptima no perduran lo suficiente como para que la vida pueda surgir y evolucionar. La mayor parte de su fase orbital está demasiado lejos de la estrella doble. Por poco, eso sí, pero es igualmente un mundo inerte. No hay nada que hacer.

—¿Estás segura, Janis? —Interrumpió Lev, el geólogo, que a pesar de su espantosa cara de sueño había seguido atentamente las explicaciones de la astrofísica—. ¿Significa eso que volvemos a casa?

—Sí, estoy segura, Lev. Pero déjame terminar. Aún hay más.

—Continúe, doctora, por favor —exhortó el comandante Uldin.

—Bien, me alegra decir que no todo son malas noticias. De hecho, he dejado lo mejor para el final —Janis sonrió, y un destello pareció surgir de sus ojos azulados al hacerlo—. La buena nueva es que también nos han llegado las lecturas completas de las principales sondas lunares. Tras estudiarlas a fondo, puedo decir que parece que hemos hecho lo que podríamos llamar *un gran descubrimiento*.

—¿Descubrimiento? ¿Qué clase de descubrimiento? —preguntó Lev de nuevo, más inquieto que entusiasmado.

—Se trata de un satélite realmente interesante —detalló Janis.

—¿Qué tiene de interesante? —quiso saber también Jenkins, impaciente.

—Os lo explicaré si dejáis de interrumpir —regañó amistosamente la astrofísica—. Bien —prosiguió cuando sus compañeros se callaron—, la luna orbita el gran Júpiter caliente que os decía, el tercero a partir del doble sol, y todo indica que es rocosa y que contiene metales pesados. Por si esto fuera poco, su tamaño es casi idéntico al de la Tierra. Es altamente probable, por tanto, que también retenga su propia atmósfera y agua. Los análisis espectrómetros así lo sugieren. Parece increíble, pero es como si se encontrase en una especie de equilibrio térmico ideal entre su planeta y las dos estrellas, tan prodigioso como efectivo. Raro, casi milagroso, diría, pero bueno, también la Tierra lo es, ¿no es verdad?

—Claro que lo es, Janis, siempre lo he creído así —intervino Relow. De inmediato el médico levantó el dedo índice y, señalando hacia Raven, agregó:

—¡Esperanza! Te lo dije.

Raven inclinó la cabeza en un exagerado signo de reverencia.

PORVENIR

—¡Esto es maravilloso! —exclamó Jenkins— No escatimes ni un sólo dato, Janis, quiero deleitarme con ellos —pidió, y seguidamente se levantó para ojear a la computadora de la doctora en astrofísica.

—Verdaderamente lo es —asintió Janis—. Aunque, pensándolo bien —agregó mostrando a Jenkins los datos en la pantalla del ordenador—, no resulta tan extraño. Desde muy antiguo se ha concebido la teoría de que los primeros mundos habitables que encontremos podrían ser exolunas.

Brown interrumpió bruscamente las reflexiones de Janis:

—¿Lo dice en serio, doctora? ¿De verdad?

Janis le brindó una amplia sonrisa y asintió vehementemente con la cabeza.

—Enviaré los datos actuales a vuestros terminales —anunció— para que podáis valorarlos detenidamente...

Brown, que había dejado de escuchar a la astrofísica, se giró hacia Raven.

—Creo que me debes cien de los grandes —reclamó el ingeniero.

Raven miró para otro lado.

—No sé de qué me estás hablando —gruñó.

Brown dio un respingo.

—¿Qué? Pero si habíamos dicho que... —balbuceó.

—Por favor, dejarnos de tonterías —intervino Uldin. Tras hacerlos callar agregó con verdadero orgullo—: Claro que la doctora Wolfe habla en serio, no cabe duda de que los datos son más que satisfactorios.

—Bueno, para obtener mediciones del todo precisas tendríamos que estar más cerca —explicó entonces Janis,

incapaz de dejar de lado por más tiempo su habitual prudencia científica.

—Un momento —restalló entonces Lev—, ¿cómo que más cerca? Creí que volvíamos a casa.

—Yo sólo digo lo que hay —se defendió como pudo Janis ante el desconcierto general—. Creo que esta es nuestra única oportunidad.

—¿Lo que hay? ¡Lo que hay es que íbamos a volver a casa, y ahora nos sales con esas! —el geólogo hablaba con creciente agitación.

—Yo no salgo con nada. Me limito a ejercer mi trabajo.

—Pues tu trabajo es fastidiarnos —gritó Lev.

—No te permito...

—Doctor Lev —intervino al fin Uldin—. Le exijo que modere su actitud. No entiendo cómo no puede comprender la importancia de lo que se ha dicho. ¿Es que no ha acudido usted a la misma reunión que todos los demás?

El geólogo lanzó una mirada furiosa al comandante y después se encogió en la silla, ceñudo, como un muelle a punto de saltar.

—Venga, no discutáis —terció Relow al tiempo que se levantaba. En la mesa supletoria la cafetera emitía un agudo pitido en aviso de que el café estaba listo.

—Tranquilizaos mientras sirvo el café —agregó el médico.

—A Lev parece que no le hace falta —insinuó Raven.

—Cállate, Raven —reprochó Uldin.

—Le vendría mejor una tila —continuó Raven.

—Déjalo ya, Raven —medió Janis Wolfe.

PORVENIR

—Sólo lo decía por su bien —dijo por último el piloto.

Relow sirvió el humeante café, y tras depositar de nuevo la jarra vacía sobre la mesa auxiliar, regresó a su silla. Para retomar la conversación interrumpida Uldin preguntó a qué distancia se encontraba la luna.

—O sea, que vamos a ir a esa maldita luna —protestó Lev de nuevo, al tiempo que se levantaba y se alejaba de la mesa.

—Venga, Lev, siéntate —rogó Uldin.

—Prefiero estar de pie.

—Está bien, como quieras. Continúe, doctora, por favor.

Janis tomó de nuevo la palabra:

—La luna está a veinte o quizá treinta días de distancia, si todo va bien.

Lev, incapaz de permanecer quieto, se movía de un lado para otro de la sala, cada vez más fuera de sí. Se quejó una vez más vociferando:

—¿Un mes? No puede ser. Además, creía que teníamos poco combustible.

—Tranquilízate, Lev —trató de consolarlo el médico—. Un mes más no es tanto tiempo.

—¿Y qué significa eso de si todo va bien? —insistió el geólogo, desquiciado.

—Un mes en línea recta, digamos —respondió entonces Raven, muy serio. Al igual que Relow, no le quitaba ojo al geólogo—. Pero depende de las modificaciones de ruta. Sobre todo hay que evitar los bucles gravitacionales, y otros posibles obstáculos. Quizá tengamos que dar algún rodeo.

—¡Joder, aún por encima!

—¿Y qué hay del combustible? ¿Tendríamos suficiente para volver a la Tierra?

Uldin era quien había hecho la pregunta. Brown contestó esta vez:

—Como dijo Raven, depende de los desvíos que haya que dar. Si no encontramos grandes inconvenientes, no habrá problema. No hemos detectado anomalías en los recolectores. Creemos que el número 5 sólo necesita una limpieza y puesta a punto. Un *drone* está trabajando en ello en estos momentos.

—Bien. Entonces, ¿es técnicamente posible? —quiso asegurarse Uldin.

—Sin problema —respondieron Raven y Brown con una sola voz.

Uldin se volvió hacia Janis Wolfe.

—Estás segura de que merece la pena el riesgo, ¿no?

—Completamente —aseguró Janis.

—Bien, ¿qué opináis los demás?

—Coincido con Janis, deberíamos intentarlo —secundó Jenkins, el biólogo—. Los datos son más que halagüeños.

—Yo estoy con ellos —respaldó Brown—. Para eso hemos venido, ¿no?

Relow asintió a las palabras de Brown, y agregó:

—Sí, adelante. Parece que esa luna es lo que estábamos buscando.

—¿Raven?

—Yo sólo soy el piloto. Llevaré la nave a donde me digáis.

—Bien. Y usted, doctor Lev, ¿se lo ha pensado mejor?

—preguntó por último Uldin.

El geólogo entró definitivamente en cólera y, entre aspavientos, comenzó a gritar:

—¿Yo? ¿Quieres saber mi opinión? ¡Creo que estáis todos locos! ¡Y que vamos a morir en esta maldita nave por vuestra culpa! ¡Eso es lo que pienso!

—¡Ya está bien, Lev! —gritó también Uldin, exasperado—. No hace falta que te recuerde cual es el objetivo de esta misión.

—¡A la mierda la misión! ¡Y a la mierda vosotros! —explotó el geólogo. Había apoyado las manos sobre su silla al gritar, pero inmediatamente las levantó y pateó el asiento, que salió disparado hacia el extremo de la sala. Tras ello Lev se dirigió a la pequeña mesa de servicio y, violentamente, cogió un cuchillo de entre los cubiertos que había en la bandeja. Blandió el cuchillo ante los demás, aullando:

—¡Estáis todos en mi contra! ¡Queréis que muera en esta asquerosa nave! ¡No os lo permitiré!

Sus compañeros se levantaron precipitadamente de las sillas. Raven, Uldin y Relow plantaron cara a Lev, mientras que Brown se posicionó tras ellos haciendo ademanes a Janis y Jenkins, a su espalda, para que reculasen.

—A mí no me amenaces con eso, capullo —espató Raven a Lev.

—¡Doctor Lev, le ordeno que suelte ese cuchillo inmediatamente! —vociferó Uldin, preocupado y furioso.

—¡Por favor, Pietrek, cálmate! —exclamó Relow— Estás sacando las cosas de quicio. Deja que te ayudemos antes de que cometas una locura.

—¡Al que se acerque lo mato! —aulló Lev de nuevo con los ojos monstruosamente abiertos.

—¡Pietrek, que dejes el cuchillo, joder! —retumbó la voz de Uldin.

Lejos de obedecer Lev esgrimió el cuchillo hacia Raven, que se había adelantado un paso.

—¿Qué, quieres ser el primero? —comenzó a decir Lev con la mirada clavada en el piloto. Pero Raven se abalanzó contra él antes de que terminase de pronunciar la amenaza y lo embistió contra la pared metálica de la sala. El cuchillo cayó de la mano del geólogo, pero en un desesperado movimiento Lev logró coger la jarra de café, que era el único objeto que quedaba a su alcance, y la estrelló contra la sien izquierda de Raven.

Al instante Uldin y Relow intervinieron e inmovilizaron al geólogo agarrándolo por los brazos. De nada le sirvieron sus intentos de desembarazarse de ellos. La cafetera se precipitó contra el suelo, al lado del cuchillo.

—Brown, venga aquí y sustituya al doctor Relow —exigió Uldin—. ¡Ahora! Doctor Relow, examine a Raven inmediatamente.

Brown obedeció y atenazó a Lev. Una vez se vio liberado Relow se acercó a Raven.

—¿Estás bien, Jack? —preguntó.

—Claro —contestó secamente el piloto tras comprobar que no sangraba—. No es nada —agregó rechazando la asistencia del médico.

—¿Estás seguro?

Raven asintió.

—Bien, entonces llevemos a Lev a la enfermería —decidió Uldin—. Doctor Relow, acompáñenos, por favor.

Sin dejar de aferrarlo por los brazos, se llevaron de allí al geólogo, que ya no oponía resistencia alguna.

Raven entró en almacén frigorífico y cogió una bolsa de hielo. La puerta automática del almacén apenas acababa de cerrarse cuando volvió a abrirse, revelando la presencia de Relow.

El médico entró y vio a Raven sujetando la bolsa de hielo sobre su magullada sien.

—Le he dado un sedante a Lev —dijo Relow—. Dormirá unas cuantas horas.

—Debiste habérselo dado antes —gruñó Raven.

—Muy agudo... Anda, déjate de sarcasmos y déjame ver esa cabeza dura que tienes.

—Es sólo un golpe, un poco de hielo y ya está.

A pesar de su renuencia inicial, esta vez Raven sí dejó que Relow se acercara a examinar su herida. Ésta se había hinchado visiblemente, pero no había indicios de hemorragia.

—Nada —concluyó el médico—, es sólo un golpe; aplícale hielo y ya está.

—Ajá. Y el hielo, frío, ¿no?

—Sí, de ese que le pones al licor.

Ambos sonrieron.

—Tuviste suerte de que no quedase café caliente —comentó Relow a continuación. Raven asintió con un movimiento de cabeza, y después preguntó:

—Dime, doctor, ¿qué coño le pasó a Lev? Se le licuó la mollera, ¿o qué?

—Es pronto para sacar conclusiones —respondió el

médico—. Las condiciones del viaje, tanto tiempo fuera de casa, una ligera claustrofobia, una carencia acusada de sueño... Y estalló. Una mezcla de estrés y frustración que degeneró en agresividad, diría yo. Ya les pasaba a muchos marineros de los siglos XVI y XVII cuando hacían largas travesías oceánicas.

—O sea, que pasa en las mejores familias, ¿no?

—Algo así —rió Relow.

—¿Pero no se supone que pasó las pruebas como todos los demás?

—Sí, pero las pruebas no son infalibles al cien por ciento. No se pueden reproducir exactamente las condiciones del viaje. Estamos inmersos en algo sin precedentes, ya conoces la coletilla. Ningún test puede ni podrá jamás predecir completamente el comportamiento humano.

Raven resopló.

—Ya. Pues fuera lo que fuera, se la tengo guardada...

—No te lo tomes tan a pecho, hombre —dijo Relow, tratando de quitarle importancia al asunto—. No hay lugar para venganzas a bordo de la nave —agregó en un tono más serio—. Si ni siquiera somos capaces de tolerarnos unos a otros...

—... será el fin de la misión, y puede que de toda la humanidad —interrumpió Raven—. Sí, ya lo sé, no es necesario que me des otro de tus aburridos discursos.

La sonrisa regresó al rostro del médico.

—Veo que te he enseñado bien —dijo. Seguidamente se levantó y comenzó a caminar hacia la compuerta del almacén, diciendo:

—Bueno, si no me necesitas para nada más será mejor que acuda a cuidar de Lev.

PORVENIR

—Descuida —indicó Raven.

Antes de franquear el umbral de la compuerta Relow se detuvo, pensativo. Tras dudar unos instantes giró sobre sus talones.

—Por cierto, Raven, siento curiosidad: ¿qué opinas tú de esa luna? —preguntó el médico.

Raven meditó brevemente la pregunta.

—Supongo que tendré que ir despidiéndome de los cien de los grandes que aposté con Brown —respondió finalmente.

ALA VENTA EN:

- **Versión Kindle:** <http://amzn.to/1bMnZKP>
- **Versión Papel (tapa blanda):** <http://amzn.to/16D3BLf>